

ORACIÓN FÚNEBRE

pronunciada por el R. P. Fr. Carlos Busquets, en las solemnes honras fúnebres que se celebraron en el Convento de Santa Rosa, de Ocopa, en sufragio del alma del R. P. Pío Sarobe (q. e. p. d.), el 9 de Marzo de 1910.

Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus.

En cuanto a nosotros, vivimos aplicados a la oración y al ministerio de la palabra. (I Act. Aposteas. 6-4.)

ILMO. SR. (1), VENERABLE COMUNIDAD, AMADOS CATÓLICOS:

Triste el alma y despedazado el corazón, me presento ante vosotros, venerables Padres.

Me disteis un Padre Cuaresmero lleno de encantos y virtudes, y yo os devuelvo unos restos mortales encerrados en humilde ataúd.

Me concedisteis por Misionero al incomparable Padre Pío; y yo os entrego su cuerpo, después que, despiadada, la muerte lo tocó con su guadaña.

Mirad si acaso es esa la envoltura mortal de vuestro hermano. Ved si esos apagados ojos son los que brillan de alegría al oír las maravillas de Dios. Decidme si esa cerrada boca es la que de continuo alababa al Creador. Declarad si esas inmóviles manos son las que se levantaban puras al Cielo para ofrecer, por las mañanas, la Ostia inmaculada. Decidme, en una palabra, si ese cuerpo es el que nos infundía horror al pecado y amor a la virtud.

¡Ah! *Fera pésima devoravit eum*, oigo que decís: sí, hermanos míos muy amados; una feroz bestia aniquiló a nuestro querido Padre; mi

(1) Presidía la ceremonia el Ilmo. P. Irala.

iniquidad, no lo dudéis, ha sido la causa de su muerte; mis pecados necesitaban una víctima, y Dios nuestro Señor la halló en la persona del inocente Padre Pio. Y ¿queréis que me atreva a hablaros de él? ¿y me exigís que haga su elogio?

¿Con cuánta más razón que el afligido Rubén puedo yo exclamar; pues *non comparet et ego quo ibo?*, habiendo perdido a mi amado Cuaresmero, niño por el candor e inocencia y gigante por su virtud, ¿a dónde iré? ¿qué hablaré?

Mas, pues, es un deber alabar a Dios en sus santos, os diré el concepto que de este honorable Religioso tengo formado; os repetiré lo que todos sabéis, para que aficionando vuestro corazón a la virtud, os determinéis a adquirirla, y adornada con ella vuestra alma, reciba un día el premio a que se ha hecho acreedor el inolvidable Padre cuya muerte lloramos.

Sí, llorad vosotros, sus hermanos; porque ya no veréis aquel raro ejemplar de virtud. Llorad, sacerdotes, porque vuestro mejor compañero ha desaparecido. Llorad, pecadores, porque ya no habrá quien detenga el brazo airado de Dios. Llorad, pobres y afligidos, porque ya nadie os consolará.

Pero para que nuestras lágrimas sean saludables, repasemos la vida de nuestro Padre; veamos cómo se formó aquel Religioso; animémonos a seguir aquellos ejemplos; enmendemos nuestra vida y nos le pareceremos en la muerte.

Podemos compendiar la vida de nuestro llorado Padre Pio con las palabras que, según se lee en las Actas de los Apóstoles, pronunciaron



R. P. PÍO SAROBE

éstos en ocasión solemne. *Nos vero orationi et ministerio verbi instantes erimus.* En cuanto a nosotros, vivimos aplicados a la oración y al ministerio de la palabra.

*
* *

Corría el año cincuenta y cinco del siglo pasado, cuando en una tarde del florido Mayo nació en Astigarraga, provincia de Guipúzcoa, en España, el niño Pío, que más tarde debía impregnar esta santa Casa con las espirituales fragancias de sus heroicas virtudes.

Sus padres José María Sarobe y Tomasa Otaño, desaparecieron pronto del teatro de la vida; por lo cual la educación del joven huérfano quedó en manos de un tío suyo que vivía en Hernani (1). Pronto se conoció que el niño Pío había nacido para Dios; y su afabilidad le conquistó el respeto de sus compañeros, como su obediencia y piedad le habían granjeado el aprecio de sus mayores. Los juegos le desagradaban, la Iglesia le atraía, Jesús y María llenaban su corazón.

Sólo circunstancias especiales podían retardar el día en que aquella inocente alma debía entregarse a Dios, y así fué; las revueltas políticas y una guerra civil en que se hallaba envuelta nuestra amada España, dificultaron por algún tiempo la entrada del joven Pío a alguna Comunidad; mas cuando, apenas vencidas unas dificultades y desaparecidas otras, pudo abrazar el estado religioso, lo hizo sin demora, acudiendo presuroso a la voz de Dios; y deja casa, hermanos y Patria para ingresar en la Seráfica Orden de San Francisco de Asís. Aquí, en este apacible retiro, y de manos del R. P. Lucas Martorell, recibió el tosco sayal, con mayor alegría que la de un príncipe al recibir el púrpuro manto. Y cuáles fueron los progresos que hizo nuestro novicio en la virtud, nos lo manifiesta el hecho de haber sido admitido, con notable júbilo de la Comunidad, a la profesión religiosa, apenas acabado el año de prueba.

En Julio del año 1877 hizo su profesión en manos del ínclito P. Francisco Espoi, añadiendo a su nombre Pío el calificativo de los Dolores, indicando así el género de vida que se imponía. ¡Qué cuadro tan conmovedor el que nos presenta la profesión del P. Pío de los

(1) Hay aquí un error. Los dos hermanos huérfanos continuaron en Astigarraga al cuidado de sus abuelos maternos, de quienes recibieron cristiana educación.—NOTA DE LA REDACCIÓN.

Dolores! Con razón dudarían los testigos de aquel acto religioso si era más piadoso el novicio o más santo el maestro.

Cuán amante era aquel de la oración y cuán entregado fué a la mortificación de sus sentidos, lo saben sus compañeros de estudios y lo acredita el grado heroico de virtud a que llegó. Ya en sus primeros años de religioso era considerado como modelo por sus hermanos, espejo en el cual se miraban los más avanzados y dechado de virtudes cristianas.

Pero desde el año 1883, en que acabados sus estudios fué elevado a la dignidad de sacerdote, su virtud progresó rápidamente, y fué el encanto de los conventuales, ornato de este santo retiro, estímulo para todos los religiosos, consuelo de los penitentes, maestro de los místicos y raro ejemplo de santidad.

¡Qué modestia en los ojos, qué gravedad en su andar, qué prudente en sus palabras, qué asiduo en los actos de piedad, qué constancia en la oración!

Dios se complacía en adornar su alma con gracias abundantes y el P. Pio correspondía fiel a las santas inspiraciones. En efecto, leer los apuntes que se han encontrado a su muerte, es palpar los progresos que hacía en la ciencia de los santos hasta llegar a la más alta perfección.

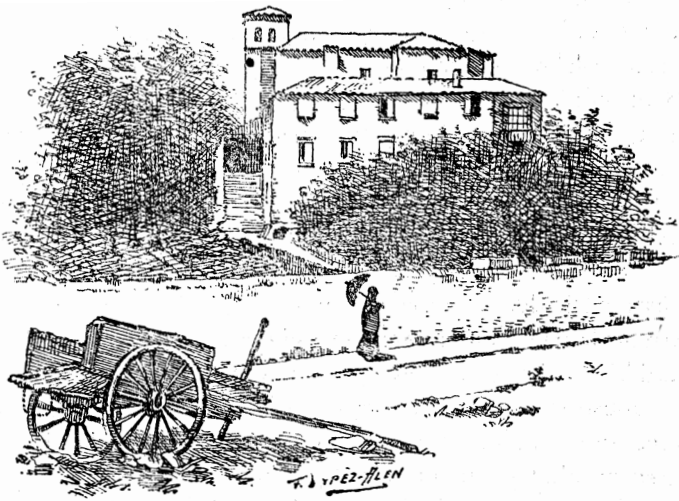
La observancia de los votos era en el P. Pio heroica; pues su pobreza extremada nada, absolutamente nada le permitía que no lo fuera indispensable, y, esto, con el respectivo permiso: respecto a la obediencia nunca opuso la menor observación a los mandatos e indicaciones de sus superiores, aunque comprendiera que en su cumplimiento podía peligrar su salud y aun su vida; y en cuanto a la castidad no había más que verle para respirar la fragancia de tan delicada flor.

De un modo especial sobresalía su devoción al Santísimo Sacramento: por la mañana y por la noche, al salir del Convento para ejercer su ministerio santo y al volver después de haber cumplido con la obediencia, visitaba al Señor Sacramentado con tal fervor y devoción que movía a piedad a cuantos le veían. Y ¿quién no le ha contemplado en la celebración del santo sacrificio, o en la preparación para el mismo, o en la acción de gracias, rodeado de cierta aureola de santidad que inspiraba amor y respeto?

Y de su gran humildad ¿qué diremos? ¿acaso no recordáis vosotros todos que cuando le nombraban Maestro de novicios, lloraba decla-

rando que era un mal discípulo?, y ¿habrá olvidado ninguno de vosotros que cuando le hubisteis elegido Guardián, os declaró con la mayor ingenuidad que Jesús sacramentado sería el Guardián, pero que él no era más que un vil instrumento de que se valía Dios para que así se aquilatara más vuestro mérito?

Pero si queréis conocer la característica del R. P. Pío, estudiad su interior *omnis virtus ejus ab intus*; la mortificación y la oración eran su anhelo: oraba para alcanzar la mortificación y se mortificaba para poder orar mejor. Quería a todo trance salvar su alma y nada le importaba lo que el mundo más ama. Quería ser perfecto y ponía todos los medios que estaban a su alcance para conseguir la perfección. Quería



ASTIGARRAGA.—Parroquia y palacio Murguía.

amar a Jesús y todo le parecía poco para alcanzarlo; y en el Coro como en el recreo, durante la Misa como en el acto de comer, no quería ni pensar sino en Dios, en mortificar su carne y adornar su espíritu.

El recreo lo acertaba cuanto podía, la comida la amargaba con ceniza y ajeno, sus carnes las castigaba con disciplinas continuadas y punzantes cilicios; y con todo esto se reputaba ¡un gran pecador!, se postraba en espíritu a los pies de todos y se reputaba por sus pecados la causa de todas las desgracias.

Y, con respecto a su caridad, ¿qué diremos, sino que su amor a Dios y su abnegación era incomparable? He leído en sus propósitos que su deseo constante era ser jumento de Jesús y de María y de todos sus pobrecitos. No quería que pasase hora ni minuto ni un instante sin amar a Jesús y amarle con virtud actual en cada momento y ofrecerse a Él de día y de noche y mortificarse por Él y vivir sólo por Él.

¿Quién como el P. Pio se entregó al ministerio santo? Él subía y bajaba continuamente por la escala mística de Jacob. Subía para hablar con Dios y bajaba para hablar a los hombres; subía durante la Misa y bajaba en el confesonario; subía en el coro y bajaba en el púlpito, subía en la lectura y meditación y bajaba en la conversación que sólo era de Dios y sus obras; y, en fin, en la Iglesia y en el campo, en la celda y en el refectorio, en el claustro y en la calle no hacía más que alabar a Dios y procurar la propia santificación y la de sus semejantes, de tal manera, que muy bien se podía decir de él que era otro Cristo *alter Christus*, porque en su andar, mirar, leer, comer y conversar, celebrar y confesar, nada, absolutamente nada, había que no fuera digno de respeto y veneración; y cuando todos le alababan, él se despreciaba, y cuando todos le tenían por santo él se reputaba un gran pecador, y su mayor gozo era ser reprendido y humillado y vivir crucificado con Jesús

¡Oh, Dios mío! y ¿aun dirán los impíos *non est Deus*? Acaso pueden deshacer la grandiosa prueba de vuestra existencia que es un solo justo, un solo acto de virtud, cuanto más una vida larga y prolongada de mortificación y oración como la del P. Pio?

¿Creen acaso que humanas fuerzas podrían arribar a un estado constante de actual mortificación y a una oración tan elevada? ¿pues qué, por ventura los santos no son hijos de mujer pecadora e inclinados al pecado y solicitados por la concupiscencia y tentados por Satanás?, sí que lo son; pero luchan y doman su carne y triunfa su espíritu, alentados por Dios, esperanzados en Dios y premiados por Dios.

Llegaba el P. Pío al fin de la carrera, conocía que se acercaba el premio; y a imitación del Apóstol, le servía esto de acicate pata correr más y más a la perfección, y debilitado su cuerpo, perdida su salud, en nada mitigaba los rigores de su mortificación, más constante en su oración y sólo por obediencia suprimía algunas penitencias externas,

redoblando entonces la interna mortificación. Dios no podía retardar el premio a tantos trabajos, el galardón a tanta constancia, y le sobrevino al P. Pío una aguda enfermedad, y confortado repetidas veces con el Pan de los Ángeles, y reconciliándose de continuo, ungido con el Óleo santo y humillándose y obedeciendo y orando y mortificando su carne, sin un quejido, perdonando y pidiendo perdón, bendiciendo y obrando prodigios en favor de los que le asistíamos, entregó su alma a Dios el lunes próximo pasado en la ciudad de Huancayo, a las dos y media de la madrugada.

¡Ángeles del Señor! vuestra alegría habrá sido grande al recibir en la Gloria al fervoroso amante de Jesús, y mientras en la tierra se lloraba la muerte del Justo, en el Cielo se entonaba un cántico nuevo a la misericordia de Dios y a la sangre del Cordero por haber hecho fructificar en la mísera tierra un lirio celestial, por haber enriquecido el cielo de los justos con una estrella de gran resplandor, por haber hecho dueño y señor de grandes tesoros al que fué fiel a la Fe, firme en la Esperanza y constante en la Caridad.

Amados católicos que me escucháis: todos habéis presenciado el tributo de admiración y respeto que esta feliz región ha dado al humilde hijo de San Francisco; ¿qué digo?, vosotros mismos habéis desafiado la inclemencia del tiempo, habéis andado por malos caminos y habéis sufrido penurias y trabajos para traer en triunfo hasta esta morada santa, los restos venerandos del P. Pío y asistir a estas solemnísimas honras fúnebres en sufragio y honor del Apóstol que con verdad puede decir *cursum consumavi fidem servavi*.

Y después de recorrer la vida portentosa de abnegación y sacrificio del P. Pío, habrá aún quien diga ¿para qué sirven los frailes?, pues decidles que para orar y consolar, para enseñar y socorrer, para alabar a Dios y dar ejemplo a los hombres. Y aun habrá quien diga que este Convento de Ocopa ¿para qué sirve?, pues respondedle que es un faro luminoso en el escollo de la vida, que es escuela de virtud, semillero de apóstoles y depositario de santas reliquias: decidle que sirve para consolar a los pecadores, albergar a los necesitados, aliviar a los menesterosos, dar maestros a la Iglesia y santos a la Gloria.

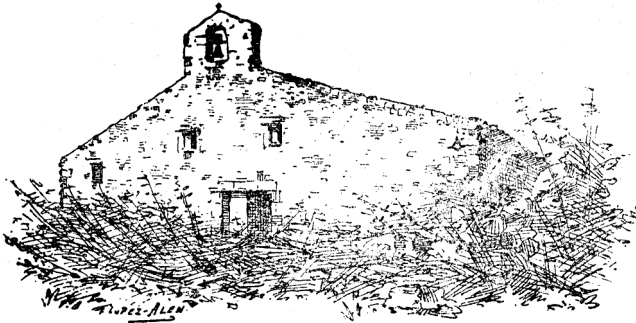
Pero no os contentéis con esto, amados hermanos, sino grabad en vuestra mente la imagen de nuestro llorado P. Pío de los Dolores, guardad sus consejos, apartaos del vicio, domad vuestra carne y no olvidéis la máxima de mi gran Padre San Agustín, que tenía siempre

presente el P. Pío: «El que no tiene a Dios, nada tiene: el que tiene a Dios todo lo tiene»; y así viviréis una vida santa y una muerte dichosa como la vida y muerte del inmortal P. Pío.

Y vos, R. P. Pío, maestro de virtud, modelo de caridad, no nos dejéis huérfanos; velad por nosotros; confirmad desde el Cielo las bendiciones que disteis desde el lecho de muerte a esta venerable Comunidad y a su digno Guardián y a la Parroquia de San Jerónimo y a su indigno Párroco.

Benedicid a la heroica España que os vió nacer, protejed a este bello país en el cual os santificasteis, defended esta santa casa, testigo de vuestra constante mortificación, de los ataques de los impíos; alcanzados del Señor la gracia santificante y después la eterna gloria.

Oh, Dios Omnipotente, no permitas que al sepultar los mortales



ASTIGARRAGA.—Ermita de Santiago-mendi.

restos del P. Pío nos olvidemos de sus virtudes; haz que su memoria nos aliente, su intercesión nos valga y su premio nos estimule a abrazar la virtud, huir del vicio y vivir conforme tu ley, para que en día no lejano nos juntemos con él y todos los Santos para alabar eternamente tus Misericordias.

LAUS DEO

*
* *

Como complemento a las noticias que se contienen en la precedente oración sagrada, copiamos del periódico *El Bien Social*, de Lima, el artículo que publicó con el título «R. P. Sarobe»:

Por cartas recibidas de Huancayo sabemos la sentida muerte de este santo y ejemplarísimo misionero del Convento de Ocopa, que ha dejado de existir en aquella ciudad el 7 del mes en curso, a las tres de la madrugada.

La conmoción que tan inesperado acontecimiento ha producido en las provincias de Jauja y Huancayo, donde era tan ventajosamente conocido, es indescriptible.

La fama de santidad y sus sobresalientes virtudes, en nada inferiores a los que más se han distinguido en los tiempos modernos eran tan reconocidas, que nadie se acerca a él sin la más respetuosa veneración y sin sentir aquel aroma de santidad que se refleja en todo su continente.

De ello pueden dar testimonio cuantos han tenido la buena fortuna de tratarle, sea para recibir sus piadosos y experimentados consejos, como en el desempeño de su ministerio, en el que parecía un hombre enternamente lleno del espíritu de Dios.

Así es que ha sido inmensamente sentida la desaparición del escenario de la vida del R. P. Pio, honra preclarísima del Convento de Ocopa, por su santidad y grandes merecimientos.

En la población de San Jerónimo, en donde estuvo predicando la cuaresma, contrajo una grave pulmonía; de allí fué trasladado a Huancayo, por prescripción facultativa, en un carrito del ferrocarril; mas todo ha sido inútil para salvar existencia tan preciosa como querida.

El distinguido facultativo doctor Riez, le asistió con singular predilección; ¿qué puede empero la ciencia en su lucha con las inexorables leyes de la Naturaleza?

Recibidos los Santos Sacramentos, murió como mueren los justos, con una muerte preciosa a los ojos de Dios y llena de grandes merecimientos.

Se le preparan solemnísimos funerales de pontifical por el señor Obispo dimisionario de Chachapoyas, y oración fúnebre por el Reverendo P. Carlos Huguet, de la Orden de San Agustín, en el Convento de Ocopa, a cuyo acto religioso y a honrar los venerandos restos acudirá inmensa afluencia de las poblaciones circunvecinas, a las que se ha propagado la triste nueva con la velocidad del rayo.

Su memoria perdurará en el amor e intensa gratitud de los fieles, no menos que el dulce recuerdo de sus virtudes, dignas de admiración,

a cuantos han conocido la vida austera y penitente del ejemplarísimo misionero.

PAZ EN SU TUMBA

*
* *

Al manifestar a nuestro respetable amigo, el virtuoso sacerdote D. Norberto, la expresión de nuestra condolencia, le felicitamos al propio tiempo por la aureola de santidad que ha coronado la vida y muerte de su ejemplar hermano. Esta felicitación la hacemos extensiva a la noble villa de Astigarraga, que cuenta entre sus hijos beneméritos al preclaro hijo de San Francisco, R. P. Pío Sarobe.

